

recibe el uno consuelo
 prodiga la otra palabras
 — ¡Quién cual ella podría amar! —
 el marido al fin exclama
 y las fuentes de sus ojos
 como ríos se gestan.
 — ¡Quién sabe, repícale ella,
 no haya de n la esperanza,
 que eres terrible y tan bueno
 que otras har que mucho te amaran.
 Y las manos se estrecharon
 más y más, y en las miradas
 dos relámpagos entieron
 que se contaban y abrían.

Tres meses después la amiga
 la amiga mejor de María
 al esposo consolado
 amor eterno juraba.



Y entre los tales cuenagos fueron
 si no los más terribles, los mayores,
 los que de él detestados recibieron;
 que siempre ha sido así. Los regidores
 contra el Marqués tan ruda le emprendieron
 (en)

de la salud del pueblo celebraron,
 que era de verse el sero ensanamiento
 del muy ilustrado señalamiento.

DOÑA LUZ.

Quejas lanzó con imprecable saña
 contra la noble Virrey de Nueva España
 en memoriales largos y diltosos,

La Península un tiempo gobernaba
 el ilustre Marqués de Santo Floró,
 que D. Diego Zapata se llamaba,
 sin sangre de judío ni de moro,
 que era limpia la sangre que llevaba,
 aunque si azul ó roja, yo lo ignoro,
 que nunca he visto más que sangre roja,
 ó del color de perfumada ayoja.

Este Marqués de levantada cuna
 tuvo enemigos, ya por justiciero
 (que jamás abrigué yo duda alguna
 de que amar la justicia es desafierno,

para gentes á quienes importuna),
ó quizás porque el noble caballero
buscar solía, al par de la justicia,
lucros también con sordida avaricia.

Y entre los tales enemigos fueron,
si no los más temibles, los mayores,
los que de él beneficios recibieron;
que siempre ha sido así! Los regidores
contra el Marqués tan ruda la emprendie-
(ron,
de la salud del pueblo celadores,
que era de verse el fiero ensañamiento
del muy ilustre y noble Ayuntamiento.

Quejas lanzó con implacable saña
contra Zapata, ponderando abusos,
ante el noble Virrey de Nueva España
en memoriales largos y difusos;
mas (y esta es cosa que á ninguno extraña,
pues de las cortes son corrientes usos),
no hizo caso el Virrey de tales quejas
que desdenó por fútiles consejas.

La Asamblea, mirándose vencida
más por la suerte que le fué contraria
que por Zapata y hueste aborrecida,
se decide en sesión extraordinaria,
á dictar cierta enérgica medida
que la haga del poder depositaria;
dar un golpe de estado que otras veces
colmado había su ambición con creces.

Al efecto, la edílica Asamblea
no á la luz se congrega, ni en paraje
donde la gente á los ediles vea,
(que quien conspira, teme el espionaje),
sino en ausencia de la luz febea
y en privado y no en público hospedaje.
Son de enredos políticos y amores
el retiro y la sombra protectores.

A las diez de la noche, en el momento,
en que dió su postrera campanada
el esquilon sonoro del convento,
un edil de su esposa idolatrada
se despide diciéndole:—Presiento
que será la sesión acalorada,
y hasta el alba, quizás, volver no pueda:
no me esperes, mi bien, tranquila queda.—

Se oyó de un beso el tentador sonido,
después el golpe de maciza puerta
que hizo al cerrarse temeroso ruido,
y al fin, la calle se miró desierta.
Cuando ya estaba lejos el marido,
su adorada mitad, sola y despierta,
necesaria creyó una compañera
para hacer la velada llevadera.

Iba en su busca ya, cuando un ríido,
como de algo que cae de una altura,
confuso llega á su azorado oído;
retrocede á su alcoba con premura,
y el ansia de saber qué causa ha sido
la del rumor, el susto y la pavura

de su medroso corazón domina,
y á la osadía y al valor la inclina.

Llega á la alcoba y con sorpresa mira
junto á su lecho conyugal á un hombre
que no se turba al verla ni retira,
y sereno le dice:—No os asombre
el verme aquí ni os arrebáte la ira,
que yo os juro, señora, por mi nombre,
y por el vuestro angelical, divino,
que no soy un ladrón ni un asesino.

Tiempo ha que os conocí: vuestra her-
(mosura
grabóse desde entonces en mi alma,
y vuestra imagen, hechicera y pura,
turbó por siempre mi quietud y calma.
Vine á buscar la dicha y la ternura,
vine á pedir del amor la palma.—
Y bañadas en llanto las mejillas
postróse ante la dama de rodillas.

Serénase la dama, y aun la risa
quiere asomarse entre sus labios rojos;
mas tras ellos detiénese indecisa.
Pronto en la luz de los airados ojos
no sin sorpresa el amador divisa
la cólera brotar y los enojos.
Y la dama prorrumpe en frase breve:
—Al instante salid, villano leve.

¿Qué queréis, qué buscáis? ¿Creéis acaso
que son tan pobres mi honra y mi hidalguía?

que obligarme podáis con este paso?
¿Y es tanta vuestra audacia y villanía
que no teméis sufrir ningún fracaso?
¿Qué vana presunción!—Así decía
cuando escucharon, llenos de pavora,
que una llave crujió en la cerradura.

—; Mi marido! exclama ella, ¡mi marido!
; Castigado seréis!

—Señora mía,
si es él, perdida estáis y estoy perdido;
mas á ambos nos valdrá la sangre fría
que siempre en estos casos he tenido.
Vuestra honra salvaré con mi osadía.—
Y así diciendo á la discreta dama,
el hombre se metió bajo la cama.

¿Quién aquel hombre fué? ya me parece
que esta pregunta natural escuchó
que el lector ó lectora me enderece,
que saberlo, tal vez, le importa mucho.
El buen Lara este punto no esclarece,
que era en materia de sigilo, ducho.
Su nombre calla; mas nos da un indicio:
ser paje del Marqués era su oficio.

¿Qué hacer, oh Dios! La dama vacilante
no sabe si decir á su marido
que el mismo infierno le abortó un amante
sin que lo hubiera á Satanás pedido,
ó prudente callar, y en el instante
en que viera á su esposo ya dormido,
salir haría al amador impuro,
libertándose así del grave apuro.

Se decide, por fin, y cariñosa
va al encuentro del noble caballero,
y el edil en la frente de la hermosa
un beso deposita placentero,
tributo del amor que hacia su esposa
siempre abrigó su corazón sincero.
Razón tenía para ser confiado,
que nunca su mujer lo había engañado.

—Mi pronta vuelta extrañarás acaso:
pensé, en efecto, estar la noche entera
buscando solución al grave caso
que así nos impacienta y desespera.
Harto difícil es y audaz el paso;
mas ya pensado había la manera
un edil talentado, aunque algo vano,
de acabar de una vez con el tirano!

Alármase la esposa y le pregunta:
—¿Y por quién dices eso?—pues creía
que algo el marido suspicaz barrunta
de lo que bajo el lecho se escondía.
—¿Y por quién ha de ser? ¿Quién hay que
á la fiera maldad, la hipocresía, (Junta
y al despilfarro la pasión del oro?)
El indigno Marqués de Santo Floro.

Ese Marqués que juzga que no estamos
hechos aquí á comernos "marquesotes," (1)

(1) Dulce llamado así, muy usado en aquella
época.

cuando por suerte nuestra los hallamos
al alcance de manos y gañotes.
Mañana lo verás, y á verlo vamos,
de rejas al través y de barrotes,
en un lugar que juzgo ya adivinas,
luciendo sus calcetas vizcainas. (1)

Desnúdase el edil, se va á la cama
sin suspender la plática sabrosa
que descubre los hilos de la trama:
municipal á su angustiada esposa;
apaga Doña Luz la débil llama
del candil chirriador, y temerosa
de algún caso eventual ó contingencia,
se fué acercando al lecho con prudencia.

¡Dormía ya el edil! Favorecida
Doña Luz por la sombra protectora,
facilita al intruso la salida:
corre el galán tras ella sin demora,
llevando el alma de temor transida,
hasta el próximo patio. A la señora,
todavía de amor en el exceso,
la audacia tuvo de pedirle un beso.

Escapóse el amante por el muro,
cual siervo que huye la feroz jauría

(1) Así sola llamarse á los grilletes de los
forzados.

de estrecho ojeo en el supremo apuro,
y á la casa real sus pasos guía.
Allí cuenta al Marqués su trance duro,
y los planes municipales confía,
y todo, en fin, lo dice y lo relata
al ilustre D. Diego de Zapata.

Abrázale el Marqués, y la milicia
de la ciudad en el momento junta;
y cuando el alba con su luz inicia
el nuevo día que Saturno apunta,
resplandece en la tierra la justicia.
¿Qué sucede? ¿do quiera se pregunta,
y hay quien diga (no faltan habladores),
que en la cárcel están los rigidores.

Aquí doy punto á la presente historia,
y si ella te agradó, lectora amiga,
sólo te pido para mí la gloria,
(que ella será la sola que consiga),
De que la guardes fiel en tu memoria.
¿La moraleja? ¿Quieres que la diga?
"No la violencia ni el rigor se ejerza,
que vale más la maña que la fuerza."

LOS HEROES DE TIHOSUCO.